

de los dientes. Era de tal suerte larga y ancha la mandíbula inferior respecto á la superior que no juntaba cuando tenia cerrada la boca su imperfecta dentadura. Para fomentar la digestion, y cocer los mal triturados alimentos, debia Carlos apelar á las especias, que, prodigadas con exceso, perturbaban sus fuerzas digestivas, y le traian males proporcionados al exceso de tan extraño remedio. Así no tuvo jamás una salud robusta y duradera. Ataques epilépticos de grande intensidad le asaltaron en los primeros años; y ataques gotosos insufribles en los últimos. Los dolores de cabeza le acometieron tanto que le obligaron á cortarse la rubia y larga cabellera, por sus padres y abuelos llevada con tal excepcional orgullo. Flujos de sangre, asma continuas, erupciones cutáneas le molestaban con toda clase de molestias, y le impedían montar á caballo. No hay sino ver el retrato de su juventud, trazado por Lucas Cranagh, y el retrato de su vejez, trazado por Tiziano Veceltio. En aquel, la rubia barba que tira de suyo á roja, la piel trasparente que muestra casi la circulacion tranquila de su sangre, los ojos fijos y serenos, la frente despejada y sin arrugas indican las satisfacciones interiores del ánimo y las esperanzas é ilusiones de la juventud; mientras en éste la color pálida, la barba gris, los ojos vagos, la boca sumida, el peso de su casco que parece abrumarle la cabeza y el aspecto de su cuerpo que parece rendido á la fatiga en medio de aquel paisaje sin límites como su imperio y asombrado por nubes de color purpúreo como si fueran de sus remordimientos externas condensaciones, indican bien claramente que ha llegado á prematura vejez antes por las enfermedades que por la edad, y propende al claustro como á un proemio y prólogo del sepulcro.

Razon tenia para descansar. Aunque su hermano, el infante D. Fernando, gobernaba en Alemania, su hermana la reina viuda de Hungría en Flandes, su hijo el infante D. Felipe á los quince años en España; y tenia excelentes vireyes en Palermo, en Nápoles y en Milan, secretarios como Cobos, cancilleres como Cattinara, ministros como Chievres, la inmensidad increíble de su obra exigia trabajos tan colosales que bien podían agotar, no las fuerzas frágiles de un solo individuo, sino las fuerzas colosales de cien generaciones gigantes. Miradlo. Ha de luchar con los comuneros en Castilla, con los agermanados en Mallorca y Valencia, con los protestantes en Alemania, con

los franceses en Italia, con los africanos en Túnez y en Argel, con los indios en América y Oceanía, con los turcos en el Danubio para equilibrar las fuerzas de Francia con las fuerzas de Inglaterra, para someter á unidad fuerte la varia y anárquica España, para impedir la herejía en Alemania y en Flandes, para poner á su servicio reyes mas ó menos sumisos en los tronos secundarios de Italia, para limpiar de piratas el Mediterráneo, para impedir que Buda y Viena caigan como Atenas y Constantinopla en manos de los turcos, para gobernar Hungría, Bohemia y todo el ejército de las ciudades germánicas, para ceñir con sus banderas tan dilatadas como la atmósfera terrestre y esclarecer con su corona tan esplendente como el sol mismo las nuevas tierras surgidas de los senos del Océano y entregadas á su colosal autoridad en aquel inmenso Imperio que rebosaba con su grandeza de los límites mismos de la tierra y se perdía en sus dominios, innumerables como los astros, en la inmensidad del espacio.

Carlos, al tener que huir de su palacio de Inspruck, entregado al saqueo de sus tropas por Mauricio de Sajonia; y al tener que levantar el sitio de Metz defendida por los Guisas, dijo la célebre frase, tan conocida y usada en las lenguas vulgares, que la fortuna es como las mujeres; no gusta de los viejos. Siempre que le sucedió algun caso extraordinario, encerraba sus pensamientos ó sus dolores en triste y solitario claustro. Al partirse para Francfort en pos de su dignidad imperial, visitó Santiago de Compostela; y al partirse para Italia en pos de su coronacion aparatosa, visitó Santa Engracia del Ebro: antes de la expedicion á Túnez, el monasterio de Montserrat, y despues del fracaso de Argel la grande Abadía de Mejorada; como ya lo hemos dicho, al morirse la Emperatriz, el convento de la Sysla. Una noche, á sus altas horas, encontrándose próximo á sumergirse en los mares y ahogarse, víctima de una tempestad, cuyas ráfagas dispersaran los barcos de su armada, cobró ánimo y fuerza el Emperador con solo recordar que, á tal hora, todos los monjes y todas las monjas de España, despertados de su sueño por la campana de media noche, levantarían unísona plegaria en su favor á los cielos. Entre todas las órdenes prefería la órden de los Jerónimos, regulada segun los estatutos de la órden de San Agustin, y establecida con tanto poder y tanta riqueza en España, que, segun nos refieren historiadores de nota,

en una de sus tres casas matrices, en el convento de Guadalupe, tenían una iglesia exornada con toda suerte de riquezas, una torre guardadora de incalculable tesoro, cantores de voz dulcísima y excelente arte músico, siete mesas puestas siete veces al día para los peregrinos, una ciudad por monasterio, ciudadelas inmensas por seguros y fuertes, jardines de naranjales interminables, selvas de cedros primitivos, praderas de bien cebados rebaños, consumiendo anualmente veintiocho mil fanegas de trigo, tres mil arrobas de aceite, mil quinientas cabras, tres mil carneros, cien vacas, ciento cincuenta puercos. Pues, en monasterio de tal orden, á la falda de un monte resguardado del cierzo y mirando al mediodía, entre huertas y jardines por las cortinas de cuyos ramajes se descubrían las cristalinas tortuosidades del Tajo y las celestes cumbres de la cordillera de Guadalupe, Carlos V señaló el refugio de su vejez y el sitio de su muerte.

El 22 de octubre del año 1555 reunió el Emperador á los caballeros del Toison de Oro, pertenecientes á los Países Bajos; y confirió ante ellos la gran maestranza de la orden á Felipe, digno precursor de la premeditada é inevitable abdicacion del Imperio. Tres dias despues, reunidas diez y siete provincias por medio de sus representantes en el vasto salon del trono del Palacio imperial de Bruselas; con asistencia de todos los cuerpos principales del Estado y de todas las embajadas venidas del extranjero, apareció Carlos V de luto, apoyado sobre el hombro del príncipe de Orange, con su hijo Felipe II delante, sus hermanas las reinas de Francia y de Hungría á los dos lados, sus sobrinos el archiduque Fernando de Austria y el duque Filiberto de Saboya á sus espaldas; y sentándose bajo recamado y purpúreo dosel de Borgoña; despues de haber oido la lectura dada en voz alta por uno del Consejo privado á un memorial extenso; anunció en persona y en voz viva que á los quince años su abuelo el Emperador Maximiliano, padre de su padre, le habia emancipado de toda tutela; y que á los diez y seis años habia recibido, por la muerte de su abuelo Fernando, padre de su madre, los reinos de España; y contando las agitaciones que le sacudieran, las guerras que le probaran, las herejías que le pusieran en trances angustiosísimos, en una historia rápida y elocuente de su reinado, decia que abdicaba una parte de su Imperio, todos los dominios españoles y de Flandes, en su primogénito; y otra

parte de su Imperio, los dominios alemanes con Bohemia y Hungría, en su hermano, para la mayor prosperidad de sus vasallos y la eterna salvacion de su alma. Al acabar esta plática echóse Carlos V, como abrumado por el sentimiento, sobre su sillón, y se cubrió el rostro con las manos, mientras todos los asistentes, conmovidos por sus palabras ya, prorumpían á una en profundos y amarguísimos sollozos. A consecuencia de tal ceremonia, la reina de Hungría renunció al gobierno de los Países Bajos, y el rey Felipe fué proclamado en la plaza de Valladolid como soberano y monarca de España, dando la voz de rúbrica su hijo y heredero el infeliz príncipe D. Carlos, puesto de pié á pesar de sus cortos años sobre un régio y magnífico estrado, en que ondeaban las nacionales divisas y vociferaban los régios heraldos. La dejacion del Imperio alemán se retardó unos dias, á ruegos de D. Fernando, quien se vió, mal de su grado, impedido de dar la última despedida personalmente al César, con grandísimo sentimiento de éste, que despues de haber visto á Andrea Doria para recomendarle solícito la persona del sucesor, y despues de haber admitido á Coligni para celebrar la paz con Enrique II de Francia, se partió para su retiro de Extremadura, embarcándose con numerosa comitiva en las aguas de Zelanda.

El Emperador, que tuvo á su servicio setecientas sesenta y dos personas, entre las cuales descollaban grandes y nobles de todos sus dominios, licenció tal ejército, repartiendo la mitad á su hijo Felipe, la otra mitad á su hermano Fernando, sin quedarse con mas que con un centenar escasísimo, de los indispensables á su servicio doméstico. Presidia este último resto de la servidumbre antigua Luis Quijada, criado del César desde su niñez, compañero suyo en treinta y cuatro años de guerra; que habia visto morir su hermano mayor en la Goleta y su hermano menor en Teruana; capitán valeroso en el sitio de Túnez y de Metz, en las guerras de Alemania y de Provenza, á orillas del Danubio y del Elba, del Rhin y del Ródano; y como guardase la bandera personal del Emperador en una batalla, volviósele con resolucion éste, al sentir lo recio del empuje contrario, diciéndole, como jefe del escuadrón de su corte, al ponerse el yelmo, que si viese caido su estandarte y su caballo, levantase primero el estandarte que su persona. Acompañaban al austero soldado español Gaztelú, de quien estaba prendado Carlos V por la

feliz redaccion de los documentos públicos; Vanmale, flamenco eruditísimo en lenguas griegas y latinas, incansable lector en los largos insomnios imperiales; Mathis, médico, menos experto que disertor, en teorías fértil y elocuente, mientras torpe y desdichado en la práctica; Torriano, conocido con el nombre de Juanelo, mecánico célebre de Cremona, constructor del acueducto conocido en Toledo con su nombre y de una estatua de palo, á la cual prestó movimiento por medio de diestra máquina en su interior colocada y cuyo andar pausado asustaba de continuo á los niños toledanos; gran relojero, y por tanto, útil á Carlos, quien se moria por los relojes; criados estos indispensables, á los que se unian, como por adorno, ricos hombres del Franco Condado y de Flandes, cuyos apellidos de Horn y de Montmorency revelan lo claro é ilustre de sus nobilísimas estirpes y de sus poderosas familias.

La princesa doña Juana, gobernadora de la península, ocurrió al recibimiento del monarca y señor con toda la solicitud necesaria. Dió apremiantes órdenes á Durango, alcalde mayor de Valladolid, para que se personara en Laredo con su cortejo de alguaciles; y á Salamanca, cuyo obispo era muy del agrado de Carlos, á que tambien se personase allí este con acompañamiento de capellanes. Pero el viaje habia sido mas rápido y feliz de lo esperado; y la gran galera de seiscientas toneladas donde venia el Emperador desde Flandes á enterrarse vivo en España, superó las ondas con grande felicidad y recogió prósperos vientos en sus enhiestas velas. Así, al llegar, encontróse con que no habia trabajo hecho, ni cosa apercebida, ni preparacion pensada, ni persona presente á recibirlo. Faltáronle víveres, dineros, asistencia moral y material, criados de su casa, clérigos para su capilla. Lo que mas le resintió fué no hallar ningun recurso para satisfacer antiguos adeudos á las animosas tripulaciones, las cuales se habian conducido con el esmero demandado por lo precioso y excepcional de su carga. El 28 de setiembre descendió Carlos V á tierra, y hasta el 1.º de octubre no tuvo noticia ninguna de Valladolid y su corte, lo cual, por todo extremo le impacientó, y le dió motivo á largas y penosas quejas.

El 6 de octubre dejó Carlos á Laredo, para encaminarse y dirigirse á Yuste. Aquejado por tantas tristezas y enfermedades hizo jornadas muy cortas. El primer dia fué de Laredo á Ampuero; el segundo dia, de Ampuero

á la Nestosa; el tercer dia, de la Nestosa á Agüera; el cuarto dia, de Agüera á Medina de Pomar, donde se detuvo algun tiempo, á causa de la indisposicion que le habia producido el exceso en comer melones y melocotones, de los cuales se hallaba privado en Bélgica, y atun fresco, muy dañoso á sus erupciones cutáneas. Difundida la nueva de su arribo, llegaban las gentes en tropel á su presencia; y tocaban todas las campanas á vuelo así que se descubria desde léjos su larga comitiva. Precedíale Durango, como alcalde, acompañado de siete alguaciles, quienes mas tenian aire de conducir un preso que de guardar un rey. Transportábase riquísima litera, por impedirle cabalgar sus muchos humores; y junto á la litera iba de pié y andando su mayordomo preferido, el célebre Quijada. Cerraban el cortejo las dos reinas viudas sus hermanas. No obstante las órdenes repetidas para libertarse de los homenajes, embarazosísimos en todas estas caminatas, salieron á recibirle de consuno en Burgos autoridades civiles, eclesiásticas y políticas. Entre los que allí le agasajaron hallábase una persona importantísima, el duque de Alburquerque, virey de Navarra, quien iba para reanudar antiguos tratos sobre indemnizaciones al rey Antonio de Borbon, padre de Enrique IV, que habia perdido en manos de Fernando V toda la vertiente occidental y española de su antigua monarquía. Carlos se limitó á recomendar el negocio á su hijo; y continuó el viaje con su ánima y conciencia descargadas de todo asunto público. Ya desde Burgos, pueblos y nobleza, iban á porfía por las rutas, ansiosos de ver y encontrar aquel espléndido sol, inclinado sobre los bordes majestuosos de su ocaso.

En Cabezón halló á su nieto el célebre príncipe D. Carlos. Tal encuentro debia causar al Emperador la misma tristeza que nos causa hoy á nosotros el encuentro de su retrato, trazado por Pantoja, y existente ahora en el Museo de Madrid. Aquel extraordinario lujo, la ropilla de áureo tisú, la capeta de terciopelo por manta cebollina orlada, la gorra ceñida de brillantes y engalanada con plumajes, no bastan á ofuscar la vista, que se detiene con fijeza en la miseria y deformidad de aquel cuerpo, la palidez de aquel rostro, la desproporcion de aquellas quijadas, la luz mortecina de aquellos apagados ojos, la enfermedad propia de aquella triste complexion. Y en vaso tan frágil se contenian pasiones desbordantes, capaces de quebrar en mil pedazos otra